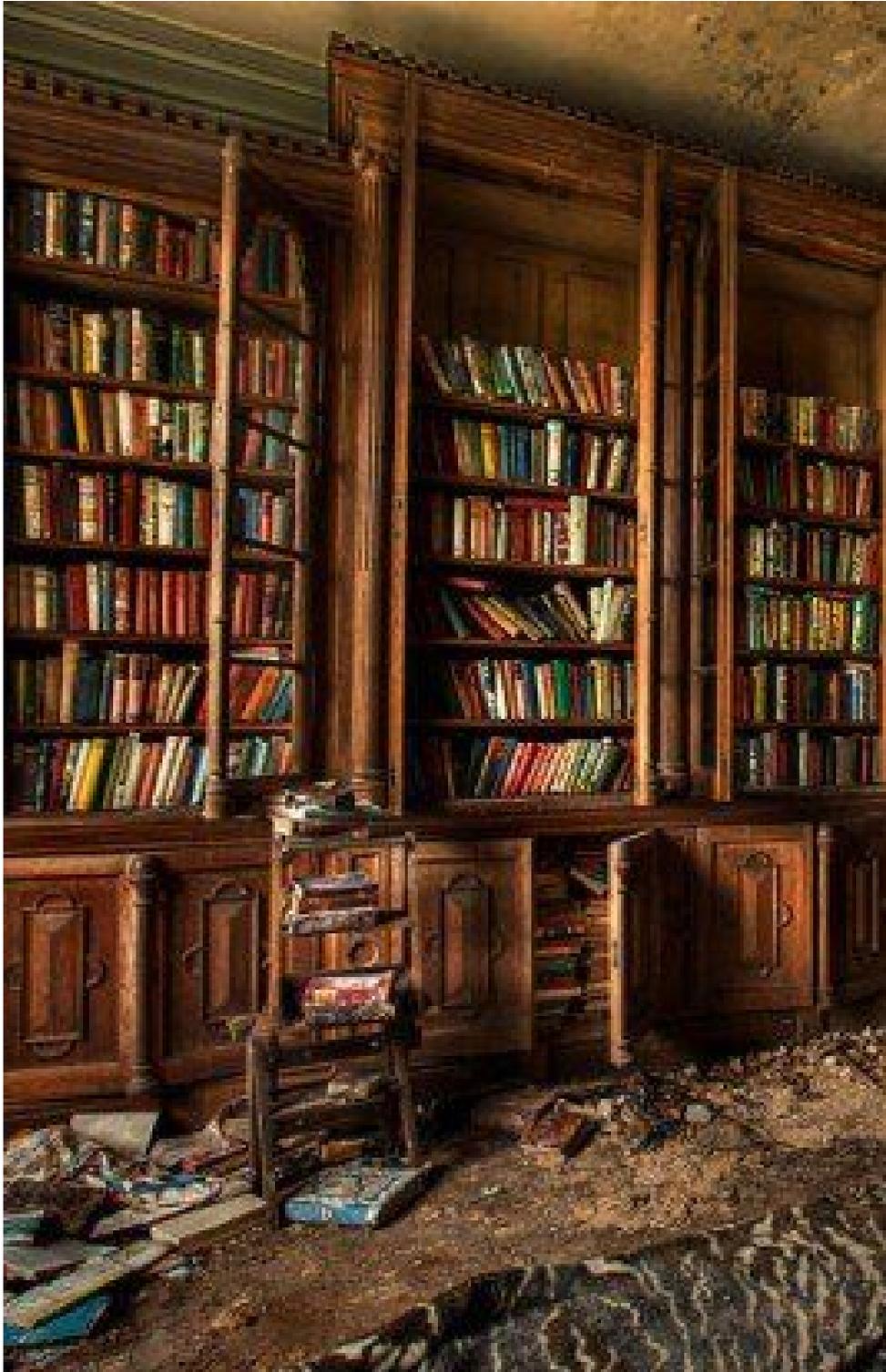


El Club de los Sentimientos Muertos

Ghibril Ariadna



Capítulo 1

Hace tiempo trabajaba para una empresa que poseía un departamento muy singular. Nos dedicábamos a escribir las sensaciones o los sentimientos de las personas que pasaban por allí. No era una tarea nada fácil para los tiempos que corrían. Los clientes que entraban tímidamente a nuestra sección les costaba mucho expresarse, se sentían nerviosos porque percibían la angustia de que, lo que habían transmitido o lo que había sentido, se disipaba a mil por hora. Supongo que aún quedaban personas que querían guardar en nuestros archivos ciertas cosas antes de que las dejáramos de sentir.

El mundo estaba destinado a que nos convirtiéramos en seres inertes, simplemente habituados a los quehaceres del día a día, a las necesidades básicas y en explotar un planeta que ya se había cansado de pedir auxilio. Y quizá nosotros también.

Este departamento empezaba a devaluarse ya que apenas llegaban personas. De mis ocho horas de jornadas laborales quizá tenía la suerte de hablar con dos o tres personas y, si el día era bueno, incluso con cinco.

Ese día el jefe nos había dado un aviso: el departamento tenía sus horas contadas de vida. Clausuraría sus puertas en apenas unas semanas.

Me sentía frustrada, pero comenzaba a contaminarme de esa enfermedad que llaman apatía y, al cabo de horas y días posteriores empezó a darme un poco igual, total, nos habían asegurado un puesto para redactar comunicados oficiales del Estado y prospectos médicos. Todo muy a la par.

Ese día no vino nadie hasta última hora. Empezaba a recoger mis cosas aunque faltaban 20 minutos todavía para nuestro fichaje de salida. Entró una chica tímida, con la mirada perdida y que caminaba sin confianza mirando a todos los que estábamos allí, averiguando quién podría proporcionarle más confianza. Ella me eligió a mí.

Se sentó frente a mi escritorio. Para evitar contacto físico nos separaba también una vitrina de cristal con pequeños huecos donde podíamos escuchar a nuestro cliente. Noté su nerviosismo y sus temblores desde el cristal, hasta perfilaba las vibraciones de su inestabilidad. Apenas conseguía mirarme a la cara y todavía se percibía su rubor que le subía hasta las orejas, las cuales tenía coloradas.

Le pregunté sin dilación que me contara sus sensaciones, sus sentimientos, qué había pasado para poder guardarlo en los archivos antes de que la apatía la contagiara. Entonces fue cuando me miró a los

ojos y sonrió. Empezaron a brotarle lágrimas de los ojos, pero no podía dejar de sonreír.

¿Os había dicho que empezaba a sentirme apática? Pues con ella todo esto se esfumó y pude entrever qué sensaciones tenía, qué sentía, qué quería transmitirme. Fueron 20 minutos que, en ese momento, pensaba que no podría olvidar.

De sus balbuceos pude distinguir las siguientes frases:

“Su voz era ronca, estaba medio rota y quebrada”

“Sus manos eran grandes, pero no paraban quietas cuando se emocionaba”

“Contaba chistes malos”

“Se reía si le decías algo bonito”

“Su sonrisa hablaba más que su boca”

“Sus ojos hablaban más que su sonrisa”

“Sus abrazos hablaban más que todo lo demás junto”

“Pero sus palabras no hablaban nunca”

Mientras me comentaba las características de la persona con la que había tratado, con la que había mantenido algún contacto antes de que llegara la apatía, no podía dejar de llorar.

Escribí su caso fervientemente, mis manos no paraban de seguirla, al mismo tiempo que yo misma me ruborizaba por todo lo que me contaba, pudiendo sentir cómo se me erizaba la piel al igual que la de ella y como el corazón casi se nos salía por la boca a las dos.

Y, entonces, en el momento álgido, cuando ella balbuceaba algo como “noche”, “abrazos”, “besos”, “desapareció”, “no existe”, “imbécil”, “mentiroso”, “te quiero”, “te odio”, “¿por qué?!... Se quedó callada e inerte. Su mirada se encontraba perdida, ya no miraba a ningún lugar.

Le rogué que continuara explicándome todo lo que pudiera, aunque fueran palabras sueltas que apenas se podían entrelazar entre ellas para contar una historia. No volvió a salir sonido de sus labios.

Cogió su bolso que descansaba en el suelo, justo al lado de una de las patas de la silla. Se levantó con las lágrimas aún brotando de su rostro y salió por la puerta.

Yo me quedé de piedra y, durante unos minutos, mantuve mi mirada fija en la puerta por la que había salido y había entrado tan solo 20 minutos antes. Mi mirada tenía la esperanza de verla aparecer de nuevo para contarme más sensaciones.

Al cabo de un rato me di cuenta de que mis manos seguían en posición de escritura en un teclado invisible, que la pantalla reflejaba lo que mis ojos querían ver y que mi corazón, lentamente, comenzaba a palpitar mucho más lento, hasta conseguir una tranquilidad comatosa.

Antes de entrar en el estado apático de nuevo, verifiqué quién firmaba en el último archivo del club de los sentimientos muertos, quién era aquella persona que pudo explicar, apenas con palabras sueltas, con balbuceos, llantos y sonrisas, lo que le había ocurrido.

Esa persona era yo misma.

Me encontraba al otro lado de la mesa, tras la vitrina de cristal.

Miré a la puerta casi sin esperanza. Cogí mi bolso postrado en una de las patas de la silla y salí por ella.

Me giré tras cerrarla con llave y moví el cartel de "Abierto" a "Cerrado permanentemente".

Caminé hacia un pasillo sin destino mientras empezaba a notar cómo mis orejas volvían a su estado natural y cómo mis lágrimas se secaban cada vez más rápido por mis mejillas.